

LENGUAJE AJENO

Hacia este hoyo —de dimensiones siderales y en expansión creciente— vuelan ahora los poderosos aviones del último libro de Maquieira: *Los Sea-Harrier en el firmamento de eclipses*.

Son “Poemas de Anticipo” —una secuencia de doce textos— en que el autor no coloca discurso alguno en boca del operador que los organiza. Prefiere que hablen otros. Introduce fragmentos ajenos —una declaración de Lope de Aguirre, un arreglo de una balada de una película, un soneto de Garcilaso, algunas frases del idioma imperial— que en su nuevo contexto, una atmósfera cargada de inminencias, reorientan su sentido e incluso adquieren nuevas capacidades expresivas.

Más decisivo aún es que el resto de los textos esté constituido por el diálogo de algunos protagonistas. Estos intercambian información, proyectos, advertencias, pero es notorio que están más interesados en el poder compulsivo de la palabra. No aspiran tanto a representar los acontecimientos —la acumulación planetaria de deshechos, las maravillas de la técnica, los preparativos para la guerra final— cuanto a influir en el ánimo de sus oyentes, amigos o enemigos y, a través de ellos, en el curso de los acontecimientos. El lenguaje es, así, un medio más de ejercitar el poder.

De hecho, gran parte de las mediciones semánticas se han hecho inválidas para referirse a la realidad cercana a la catástrofe, han perdido su carácter descriptivo para experiencias y objetividades que las sobrepasan de manera creciente. Quizás por ello, el operador —que delata rasgos de histrión y no carece de sentido del humor— recurre de preferencia a estos “diálogos de sordos” y al desplazamiento de textos ajenos suficientemente desatinados o locos. Resultado lateral de esta presentación de los materiales sería la producción de imágenes correspondientes a este anticipo —pero no profético— fin de los tiempos.

EL FIN DEL MUNDO

El espacio representado o, más bien, referido en estos textos, se ha amplificado vertiginosamente. Pero no se ha descomprimido, sino todo lo contrario; la increíble y desigual acumulación de historia y de materiales históricos, incluso de deshecho, ha conducido a la creación de zonas álgidas, de gran presión y explosividad. El espacio aéreo y sideral es campo de juego de los protagonistas y potencias en conflicto. Los pilotos de los Sea-Harrier vuelan —“como un mar mareado”— en un cielo que “salió de noche como un cotraeclipse”.

Pero su jefe —Phillip Rastelli, oriundo de Calabria— muere (im)previsiblemente. Sus funerales tienen lugar en el cielo. Es enterrado (mejor dicho, encielado) en un enorme bloque de mármol que transportan hacia arriba cuatro harrier en vuelo vertical: “Más al cielo nos esperaban unos Harrier-Cargo/ montando unos cortinajes rojos gigantes/ que le habíamos pedido al coreógrafo Toesca/ y que hacían entrar al cielo en penumbras/. En ese parqueadero le untamos la pasta macabra/... dejándolo embalsamado en estado de explosión”.

El fin de los tiempos parece próximo. Pero al autor de estos poemas de anticipo es un profeta ni se disfraza de tal. Su ánimo es lúdico, incluso jubiloso, no sólo porque la catástrofe final nos liberará, por lo menos, del peso de la noche. Más bien —o también— porque ya en su libro anterior había abierto un forado en el desarrollo negativo de la historia, aparentemente inexorable, cuando La Tirana le dice a sus hermanas: “Pero seguí subiendo/ y manchando el cielo” Es decir, reintegrándolo a la tierra. A nosotros.

JUEGOS PELIGROSOS

Diego Maquieira, Los Sea-Harrier en el firmamento de eclipses, Santiago, Francisco Zegers Editor, 1986, sin paginar.

Ya desde el punto de vista de la acumulación de textos —y del show que se hace con ellos— es innegable la presencia de una voluntad neovanguardista en la producción literaria chilena del último decenio. Coexiste, es verdad, con tendencias de desarrollo anterior —como la antipoesía, la poesía lárca, la escritura de Enrique Lihn, los trabajos de la generación dispersa— que no necesariamente han perdido su derecho a la existencia y su capacidad representativa respecto a un presente que se ha hecho cada vez más inasible.

Hace algunos años, Diego Maquieira había sorprendido con *La Tirana* (1983), conjunto diversamente desconcertante de textos (des)ordenados en cuatro grupos. Las connotaciones escatológicas de sus imágenes —que perforaban el sistema de significaciones y el sistema de los objetos— apuntaban al fin de los tiempos en una especie de operación desalegorizante: “Que sepa cada gallina nacida aquí/ que el cielo se va a abrir/... que va a quedar un medio hoyo/ y desdichado del que se acerque”.